

LA SEXUALIDAD DE LOS ADOLESCENTES

JAVIER GÓMEZ-ZAPIAIN

PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO

EXPERTO EN PSICOLOGÍA DE LA SEXUALIDAD

Aunque parezca mentira, la sexualidad sigue siendo un tema difícil en la educación de las personas bien entrado el siglo XXI. Parece como que una fuerte inercia empujara a una parte importante de los adultos, madres, padres y educadores hacia posiciones que tienden a mantener el ámbito de la sexualidad en el tabú. Una posible explicación radicaría en la historia personal de los adultos. Parece ser que la aproximación a la esfera más íntima de la sexualidad evoca algún tipo de resonancia en lo más profundo de nuestro ser que genera una disposición, una actitud, negativa o cuando menos temerosa hacia ella. Tal vez por esto nos acerquemos a la sexualidad anteponiendo el temor al riesgo, a la enfermedad, a los embarazos, a las agresiones, dejando de lado lo esencial como es el crecimiento personal, el contacto con el otro, los afectos y emociones, como el amor, la atracción y la comunicación.

BREVE EXPLICACIÓN DEL CONCEPTO DE SEXUALIDAD

Una aproximación temerosa impide en ocasiones observar en toda su amplitud el concepto mismo de sexualidad. Habitualmente se considera que ésta se refiere exclusivamente a los comportamientos sexuales, por ello no es difícil asociarlo de inmediato con los riesgos. Sin embargo la sexualidad es una dimensión mucho más amplia y central en el desarrollo humano. En realidad, atendiendo a su etimología, la sexualidad es todo aquello que se relaciona con los sexos, con el hecho esencial de ser mujeres u hombres de tal modo que el deseo erótico, emoción básica que motiva los comportamientos sexuales, es tan sólo una parte, una dimensión, de la sexualidad.

Invertir el modo de aproximación a la sexualidad y contemplarla como la dimensión fundamental a través de la cual nos relacionamos con los demás y satisfacemos nuestras necesidades psicológicamente más relevantes.

FAMILIA Y VALORES





Los modos de satisfacción del deseo erótico no están prefijados, no son vividos de la misma manera por cada persona, por tanto, la regulación y gestión del deseo erótico supone un reto personal.

Ésta, por tanto, se compone de dos grandes dimensiones: a) Todo aquello relacionado con la identidad sexual y de género, con los diversos modos de ser mujer u hombre en toda su diversidad. b) Todo lo relacionado con el deseo erótico que es la emoción básica que motiva los comportamientos sexuales.

Hacer educación sexual desde esta perspectiva supone ayudar a las chicas y chicos a ser protagonistas en el diseño de su modo particular de ser mujeres u hombres, asumiendo la gran diversidad de la sexuación. Hay tantas maneras de serlo como personas somos por más que la cultura tradicional haya restringido las realidades hombre - mujer a rígidos estereotipos, cajones estancos, inconexos entre sí.

Vistas las cosas así el comportamiento sexual se convierte en una dimensión del modo de ser mujer u hombre, que debe conocerse a lo largo del desarrollo, reconocerse como una realidad profundamente humana, fuente de riqueza, e integrarse en el conjunto de la propia identidad.

Desde esta perspectiva, educar para la igualdad entre los sexos, entre las personas, combatir el sexismo es hacer educación sexual. Del mismo modo, educar para la integración y regulación del deseo sexual, de la integración paulatina de la expe-

riencia erótica en la propia biografía basada en la autonomía personal, el respeto mutuo y los principios éticos, es hacer educación sexual. También lo es dar oportunidades a los y las jóvenes para que aprendan e integren los recursos necesarios para protegerse así mismos y a la persona con la que comparten su intimidad.

ACERCA DE NECESIDADES BÁSICAS

Desde una visión positiva y entusiasta, a partir del concepto de sexualidad que defendemos, la sexualidad es una dimensión central en la construcción personal del "yo" del "mi mismo-a". Uno de los objetivos en el desarrollo consiste en la satisfacción de necesidades básicas. Entre ellas destacaremos dos íntimamente relacionadas con la sexualidad: La vinculación afectiva y el deseo erótico. En efecto, las personas tienen la necesidad básica de sentirse vinculadas a otra u otras que se constituyen en base de seguridad y puerto de refugio. Dicho de otro modo, los seres humanos tenemos la necesidad de sentirnos queridos y tener a quien querer. Esta realidad se expresa en sentimientos tan profundamente humanos como el amor y el enamoramiento.

La satisfacción del deseo erótico es otra necesidad básica que debe ser reconocida como tal. Los modos de satisfacción del deseo erótico no están prefijados, no son vividos de la misma manera por cada persona, por tanto la regulación y gestión del deseo erótico supone un reto personal. La educación sexual en este sentido no debe imponer modelos de regulación del deseo erótico, bien "carcas" o "progres", sino que debe abrir oportunidades para que cada persona pueda dar una respuesta personalizada a esta demanda que le ayude a integrarla adecuadamente en el conjunto de su personalidad.

El deseo erótico y el amor son dimensiones independientes que tienen un origen distinto. Como hemos visto responden a necesidades diferentes, pero tienden a confundirse y vivirse como una única realidad. ¿Qué entendemos por pasión? ¿Qué es lo que pretende cada miembro de la pareja en una relación amorosa? Probablemente ambas cosas: Amor en el sentido del vínculo afectivo asociado a la seguridad emocional y también el placer que surge de la interacción de los cuerpos en la intimidad erótica. Los datos de investigación parecen indicar que existen claras diferencias de género en el modo de vivir lo que habitualmente entendemos por amor y sexo. Hacer educación sexual en este sentido consiste en abrir oportunidades a los adolescentes para que sean capaces de comprender cada una de estas dimensiones para, con ello, poder manejarlas.

ACERCA DE LOS COMPORTAMIENTOS SEXUALES Y DE LOS RIESGOS

Tanto los padres como los educadores deben afrontar con naturalidad que los jóvenes y adolescentes llegarán a ser personas sexualmente activas antes o después. Es ley de vida. La primera experiencia compartida es una lucecilla que se enciende en un momento determinado. A algunas personas, las menos, se les enciende muy pronto, 13-14 años, a otras mucho más tarde, veintitantos...En nuestro contexto sociocultural la media de edad del inicio de las relaciones sexuales coitales es de 17 años y medio.

Se puede considerar que esa lucecilla es una alarma roja asociada a intensos y desagradables pitidos que anuncian emergencias y catástrofes, o se puede considerar como la señal que indica que algo vitalmente muy importante se va a integrar en la biografía de esa persona.

Si atendemos a la primera consideración la asociación prioritaria con los riesgos es inevitable. Se anuncia la catástrofe y la acción a tomar es apagar los fuegos irremediables. De este modo se extrae el comportamiento sexual del conjunto de la experiencia vital del adolescente y se trata de apagar ese posible fuego a base de preservativos. Muchas de las iniciativas en educación sexual se han basado en la mera transmisión de conocimientos y en la promoción del uso de preservativos. No es mi intención desacreditar este tipo de iniciativas que son valiosas en lo que valen. Sin embargo son precarias e insuficientes como demuestran tozudamente los datos recientes que indican que los embarazos no deseados siguen aumentando en mujeres comprendidas en edades inferiores a 25 años.

Si atendemos a la segunda consideración la cosa cambia. Desde esta perspectiva se observa a los adolescentes con positividad, ilusión y optimismo realista. Se ve en ellos a personas "en construcción" que van forjando sus biografías a base de experiencia. Su propia evolución les planteará retos considerables que sólo ellos podrán afrontar. La relación interpersonal es uno de ellos. El tránsito desde las figuras de apego familiares hacia los iguales hará aflorar sentimientos de atracción, enamoramiento y amor. Su historia afectiva anterior, en relación con la seguridad básica, condicionará este proceso que será fácil y fluido para algunos y dificultoso y no exento de dolor para otros. Otro reto importante es el reconocimiento del deseo erótico y sus implicaciones. Como ya hemos indicado el deseo sexual es una emoción que genera una tendencia de acción, es decir, la búsqueda de satisfacción sexual en la experiencia comparti-



El exceso de información no aporta nada a la calidad de la experiencia, ni a la conjura de los riesgos.

da. Llegados a este punto, no somos partidarios de contar un cuento rosa respecto a los riesgos, porque éstos existen. Sin embargo su afrontamiento es muy diferente. Cuando se enciende la lucecilla la persona en concreto debe tomar la decisión de integrar en su biografía la experiencia sexual, esta experiencia erótica tantas veces manoseada a través de los chistes soeces, de las permanentes bromas de los adultos o de las manipulaciones comerciales de los medios de comunicación, adquiere significado y sólo entonces la información que posea tendrá sentido. El exceso de información no aporta nada a la calidad de la experiencia, ni a la conjura de los riesgos. Sólo cuando una persona pueda interiorizar que a corto o a largo plazo será sexualmente activa, y que para ello necesitará recursos para manejar tal situación, entonces la información será relevante.

La educación sexual debe aportar los recursos necesarios para afrontar esta primera experiencia. Estos recursos, como hemos visto, no pueden consistir exclusivamente en la transmisión de conocimientos, ni en la promoción del llamado "sexo seguro" o el uso de preservativos, aún siendo todo ello necesario.

En los medios de comunicación y en los colectivos de padres-madres y profesorado se plantean con asombro la siguiente cuestión: ¿Cómo es que los jóvenes teniendo tanta información, se exponen a tanto riesgo? A mi modo de ver la respuesta es clara. La información sólo es útil si es procesada.

Las actitudes temerosas, negativas hacia la sexualidad de los jóvenes crean una escisión entre el

comportamiento sexual propiamente dicho y el desarrollo personal. La extracción del comportamiento sexual del conjunto del desarrollo de la personalidad, desenfoca los objetivos de la educación sexual. No se trata de evitar un embarazo que no se desea, ni una enfermedad de transmisión sexual, que también, sino lograr que la integración de la experiencia erótica en la propia biografía sea una experiencia de calidad, regida por valores como la empatía y los principios éticos. Por poner un ejemplo, si se desarrolla la empatía aplicada al ámbito de la experiencia afectivo-sexual, la persona implicada considerará que todo lo que le ocurra, para bien o para mal, a la persona con la que se comparte esa experiencia le concierne a uno mismo. Si esto así se produce, las medidas de protección llegarán por añadidura.

EL PAPEL DEL PROFESORADO

El profesional de la educación debe ser un mediador entre las biografías de su alumnado y el bienestar personal de ellos. Debe mirar a sus alumnas y alumnos con otros ojos. No debe ver en los adolescentes a personas en riesgo presas de sus impulsos sexuales incipientes, sino a personas en construcción que tratan de encontrar su lugar en el mundo, que tratan de responder a la pregunta ¿Quién soy yo y qué lugar voy a ocupar? ¿Cuál va ser mi modo personal de ser mujer u hombre, aceptando la diversidad? El profesorado es un mediador que debe con-



El profesorado debe ser un mediador entre el alumnado y sus capacidades para integrarse en su medio y responder a sus necesidades afectivo-sexuales. No debe imponer sus creencias, no debe imponer su modelo de educación sexual.

tribuir a que cada uno de sus alumnos obtenga los elementos necesarios para diseñar por sí mismos el modo en que será hombre o mujer. La dimensión erótica, el deseo sexual y sus correspondencias en comportamientos, forman parte del modo de ser mujer u hombre.

El profesorado, como decíamos, debe ser un mediador entre el alumnado y sus capacidades para integrarse en su medio y responder a sus necesidades afectivo-sexuales. No debe imponer sus creencias, no debe imponer su modelo de educación sexual. Debe transmitir conocimientos con la máxima objetividad, por tanto científicos, debe evaluarlos para asegurar la dotación de conocimientos mínimos necesarios. Sin embargo, siendo consecuentes con lo dicho hasta el momento en relación con los conocimientos, el profesorado debe promover espacios de elaboración donde el alumnado puede hablar, debatir, escuchar y observar. Ello sólo es posible promoviendo actividades de participación, siguiendo una metodología no directiva. El objetivo de la educación sexual no puede reducirse a la prevención de los riesgos, sino que debe abrir posibilidades para que cada persona encuentre y construya su propia sexualidad, es decir, su manera personal de ser mujer u hombre en un contexto de igualdad y de libertad, que respete y proteja las distintas opciones.

EL PAPEL DE LOS PADRES

Los padres, a mi modo de ver, no son profesionales de la educación, afortunadamente: son padres. ¿Qué quiero decir? Pues que son figuras de referencia esenciales para sus hijos, que deben ser percibidos como incondicionales y próximos a la largo de una relación duradera. En el ámbito de la educación sexual lo más valioso de los padres es su propia experiencia. Los padres no deben emitir discursos, ni explicar teorías a sus hijos acerca de la sexualidad. No es su papel. Los padres deben transmitir su experiencia, deben estar disponibles, deben utilizar el sentido común. En otros ámbitos de la vida animamos a nuestras hijas e hijos a que hagan proyecciones en el futuro, sobre todo en torno a su for-

mación personal. ¡Estudia ésto o aqué! ¡Piensa bien qué tipo de bachillerato vas a elegir! ¡Piensa qué quieres hacer en la vida!

El papel de los padres en relación a la sexualidad de sus hijos consiste en ayudarles a que se proyecten en el futuro. "Mira hija-o, ahora tienes 15 años, es todavía pronto, pero piensa que tarde o temprano llegarás a ser una persona sexualmente activa. En ese momento tendrás que tener en cuenta... esto y aquello...". Todo ser humano tiene derecho a la intimidad, por tanto no se trata de que los padres desvelen su intimidad sexual. Se trata de aceptar que de la misma manera que su experiencia vital puede ser útil para los hijos, también puede serlo en el ámbito de la sexualidad.

Los padres tampoco deben imponer sus creencias, sus modelos, su ideología. No se trata de adoctrinar, sino de educar. Por eso la experiencia de los padres, sea ésta como sea, es tan valiosa. La comunicación con los hijos debe permitir transmitir, por un lado, la alegría y el entusiasmo de verlos crecer e integrar en su biografía aspectos tan valiosos y profundamente humanos como el erotismo y el amor; por otro, las preocupaciones. Del mismo modo que los padres transmiten la preocupación acerca de las motos, de los coches o del consumo del alcohol u otras sustancias, deben transmitir la preocupación respecto a los riesgos asociados a la experiencia erótica. ¡Porque te quiero tanto y me importas, por eso me preocupo, hablemos por tanto!

LA EDUCACIÓN SEXUAL EN LA ESCUELA

A mi modo de ver, en la actualidad encontramos las siguientes posiciones respecto a la educación sexual en la escuela:

- a) **Omisión:** Mirar para otro lado. Considerar que la educación sexual es una cuestión familiar, por tanto no corresponde a la escuela. Solución: No hacer nada.
- b) **Delegación:** Considerar interesante la educación sexual, incluso necesaria, pero al ser una cuestión muy delicada es necesario contar con especialistas. Solución: Contratar especialistas.
- c) **Contribución:** Aportar conocimientos desde la competencia profesional como educadores. Promover la formación además de la información. Promover la coordinación entre las materias. Optimizar los recursos de la propia escuela. Solución: Integrar la educación sexual en el proyecto curricular del centro.

Como es obvio, abogamos por la posición de contribución. Si se considera que la dimensión afectivo-sexual es esencial para la formación integral de las



Si se considera que la dimensión afectivo-sexual es esencial para la formación integral de las personas, la educación sexual no puede ser considerada como una cuestión optativa, sino que debe integrarse en el proyecto curricular de los centros. Su abordaje debe ser multidisciplinar.

personas, la educación sexual no puede ser considerada como una cuestión optativa, sino que debe integrarse en el proyecto curricular de los centros. Su abordaje debe ser multidisciplinar. No se trata de dar "clases de sexualidad" ni "lecciones de sexo", se trata de normalizar el discurso de la sexualidad en la escuela y en la familia, con rigor, con naturalidad. El alumnado es el protagonista de este proceso y los padres y madres deben ser colaboradores necesarios.

En el inicio del siglo XXI no se vislumbran buenos augurios. La manipulación de la sexualidad desde dogmatismos ideológicos es muy tentadora. Ante ello sólo las actitudes comprensivas, el amor a la vida, la libertad de pensamiento, la solidaridad, la tolerancia hacia posiciones diferentes y el conocimiento científico, pueden crear un espacio donde realmente cada persona, en relación con los demás, pueda ser el protagonista de su propio desarrollo.■